

THE HORUS HERESY®

Graham McNeill

MECHANICUM

La guerra estalla en Marte



timunmas

THE HORUS HERESY™

MECHANICUM

Graham McNeill

timun**mas**

Título original: *Mechanicum*
Traducción: Juan Pascual Martínez

Ilustración de cubierta: Neil Roberts
Mapa: Adrián Wood

Mechanicum, Mechanicum, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2008 por Black Library Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2008

© De la traducción Games Workshop Limited. 2009. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2009, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0317-6
Preimpresión: gama, sl
Depósito legal: B. 2.258-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

0.01

Nunca llovía en Marte.

Jamás lo hacía ya. Antaño, cuando Marte había albergado vida por primera vez, en una era desconocida para la humanidad, las poderosas tormentas que se producían habían arrasado el paisaje abriendo canales en la roca y tallando enormes riberas en las laderas de las grandes montañas. Luego, el planeta había sufrido su primera muerte, y el mundo se había convertido en una desolación roja cubierta de cráteres, cuencas polvorientas y vacías y desiertos resecos.

Pero el planeta rojo revivió para respirar de nuevo.

La terraformación de Marte comenzó en la primera época de la edad dorada de la expansión de la humanidad hacia las estrellas, lo que llevó consigo nueva vida y esperanza, pero al final aquello fue una remisión de la enfermedad, no su cura. A los pocos siglos, el planeta sufrió su segunda muerte ahogado por los humos de los complejos de forja volcánicos, las refinерías del tamaño de continentes y los desechos producidos por un millón de fábricas de armas.

Nunca llovía en Marte.

Ésa era la idea central en ese momento en la mente del hermano Verticorda mientras pilotaba la forma bípeda y algo baqueteada del *Ares Lictor* por la ladera poco empinada del Mons Olympus en dirección a la colosal caldera del volcán. El *Ares Lictor* se asemejaba a un humanoide mecánico de aspecto brutal de unos nueve metros de alto, y era caballero de la clase Paladin, una máquina de guerra de un solo tripulante. Las placas de blindaje de color azul oscuro estaban cubiertas por un temible con-

junto de armas que poseía un poder superior al que cualquiera de los as-tartes del Emperador de Terra podía manejar.

El *Ares Lictor* caminaba con pasos largos y desgarbados debido a una junta de la pieza de la rodilla que se resistía a todos los esfuerzos realizados por los tecnosacerdotes para que funcionase de un modo correcto. Sin embargo, Verticorda controlaba la máquina con la facilidad de alguien que casi había nacido en una cabina de mando.

Nunca llovía en Marte.

Pero en esos momentos estaba lloviendo.

El cielo de color naranja estaba derramando una llovizna suave que salpicaba de humedad la cabina de Verticorda. El piloto sintió esa humedad fría a través de las conexiones situadas a lo largo de su espina dorsal y los implantes táctiles colocados en los dedos.

Se dio cuenta de que estaba llorando, ya que jamás se había esperado presenciar algo semejante: que el cielo se abriera y cayera lluvia sobre la superficie del planeta rojo. Algo así no había sucedido en la memoria del ser vivo de mayor longevidad del lugar, y en Marte eso era mucho, mucho tiempo.

A Verticorda lo seguían otras dos máquinas de guerra. Eran sus hermanos de armas y camaradas de los Caballeros de Taranis. Los oyó hablar con cierto entusiasmo por el Colector, el transmisor sináptico que conectaba todas sus mentes, pero se quedó sin palabras para transmitir su propia sensación de asombro ante la visión que se extendía ante ellos en ese día tan importante.

El cielo sobre Mons Olympus se mostraba iracundo.

Unas nubes tormentosas que no cesaban de girar sobre sí mismas y de hincharse como si en su interior albergasen viejos dioses de batalla golpeando con sus poderosos martillos unos gigantescos yunques de hierro para lanzarse tremendos rayos los unos a los otros. La luna de mayor tamaño de Marte, Fobos, aparecía detrás de las nubes como una irregularidad amarillenta. Su superficie llena de cráteres se encontraba en su punto más cercano a Marte desde hacía decenios.

El enorme volcán, la montaña de mayor altura de toda la región de Tharsis, y de hecho, del sistema solar, se alzaba imponente sobre el paisaje marciano. Sus laderas increíbles se elevaban casi treinta kilómetros sobre el suelo de Marte. Verticorda conocía extremadamente bien aquella zona de Tharsis. Había sacado al *Ares Lictor* de la forja del Fabricador General por la ladera oriental del gran volcán tres décadas atrás, y había encabezado a sus guerreros hermanos por el lugar un número incontable de veces.

Nuevos relámpagos centellearon sobre la cima, y los miles que estaban reunidos en la base del volcán contemplaron con temor la creciente tormenta desde las torres gigantescas de los habitáculos y los baluartes de paredes metálicas de los dominios de Kelbor-Hal. El cielo torturado se rasgaba y rugía, distorsionado por la sobrepresión de algo increíblemente inmenso, y los fenómenos atmosféricos iluminaban el cielo hasta donde llegaba la vista, ya fuera de un ojo natural o de cualquier artefacto implantado.

Las multitudes de miles de miembros, e incluso de cientos de miles, seguían a los caballeros por la ladera del Mons Olympus, pero no poseían la velocidad o la maniobrabilidad de las máquinas de guerra. Aquella maravilla era para los Caballeros de Taranis, y sólo para ellos.

Una sombra se movió entre las nubes. Verticorda abrió un poco la mano y la máquina reaccionó al instante y se detuvo en el mismo borde vertiginoso de la ladera del volcán. El lazo de unión que el piloto había forjado con la máquina a lo largo de los años de combate era semejante al de dos camaradas de armas que hubieran compartido sangre y victoria a partes iguales.

Verticorda sintió la emoción de la impaciencia en cada juntura y remache del *Ares Lictor*, como si la máquina, más que él mismo, estuviese impaciente por ver la gloria que presenciarían ese día. Una luz dorada resplandeció por encima de ellos y la llovizna se convirtió en un aguacero.

En la ladera habían tallado un sendero zigzagante que llevaba hasta la base de la caldera del volcán, a casi dos kilómetros por debajo de donde se encontraba. Era un camino traicionero en condiciones ideales, pero con aquel diluvio, bajar por allí equivalía prácticamente a un suicidio.

—¿Tú qué dices, amigo? —preguntó Verticorda—. ¿Bajamos a recibir a esos recién llegados?

Sintió la tensión de la máquina bajo él, y sonrió mientras aumentaba la potencia y hacía avanzar al caballero hacia el borde del risco. Los pedaos del sendero habían sido diseñados para los pasos largos y de zancada ancha de un caballero, pero estaban resbaladizos y relucientes debido a la lluvia. La caída era bastante larga, y ni siquiera el blindaje o las pantallas de energía que protegían a un caballero en un combate lo salvarían en caso de que se desplomara desde aquella altura.

Verticorda guió el primer paso del *Ares Lictor* sobre el sendero tallado y sintió bajo los pies lo resbaladizo que estaba, igual que si fuera él mismo quien caminara sobre el suelo. Cada paso era peligroso, y tuvo mucho cuidado en dar cada uno de ellos con el mayor cuidado. Paso a paso, me-

tro a metro, hizo avanzar al *Ares Lictor* para bajar por el sendero hacia la llanura del cráter que se extendía a sus pies.

La luz dorada salió de repente con un brillo cegador de las nubes, y varios rayos de color escarlata unieron el suelo y el cielo formando una telaraña danzarina y llena de chasquidos. Verticorda casi perdió el equilibrio al mirar hacia arriba por puro instinto.

Una ciudad de oro gigantesca y flotante estaba descendiendo del cielo.

Se asemejaba a una columna montañosa arrancada de una masa terrestre continental. La ciudad estaba tachonada de luces y de colores, y su tamaño desafiaba a la imaginación. Una proa dorada con la forma de dos alas de águila destacaba en uno de los extremos de la ciudad flotante, y unas murallas colosales, del tamaño de las torres más altas del edificio más imponente de Marte, se alzaban como estalagmitas retorcidas en el otro extremo.

Los cohetes centelleaban cargados de una energía inimaginable en la parte inferior de aquel edificio colosal. Verticorda contempló asombrado la tecnología que impedía que una creación tan gigantesca se desplomara contra el suelo. Varias escuadrillas de naves de menor tamaño la rodeaban, y sus dimensiones no hacían más que crecer a medida que emergía más y más de entre las nubes que la ocultaban.

—¡Sangre de la Máquina! —musitó entre dientes Yelsic, el piloto del caballero que iba a su espalda—. ¿Cómo es posible que algo así se mantenga flotando en el aire?

—Concéntrate en bajar —le advirtió Verticorda—. No quiero que pierdas el equilibrio justo detrás de mí.

—Entendido.

Verticorda volvió a concentrarse en el camino y recorrió con esfuerzo los últimos trescientos metros. Acabó cubierto de un sudor frío. Soltó un suspiro largo y estremecido cuando dio el primer paso en la superficie lisa de la caldera del Mons Olympus. Disfrutó de la sensación nueva y extraña del barro tirándole de los pies.

Para cuando los caballeros llegaron a la base de la ladera, la nave gigantesca ya había aterrizado. Sin duda, disponía de campos amortiguadores que impedían que se hundiese bajo su propio peso o en el suelo del propio Marte. Procedentes de la nave llegaron varias oleadas de vapores sobrecalentados y de gases de condensación, y cuando sumergieron al *Ares Lictor* en su interior, a Verticorda le dio la sensación de que era capaz de captar los olores de otro mundo: radiación fuerte, la nostalgia de planetas natales perdidos mucho tiempo atrás y un aire montañoso tan frío y escaso que resultaba doloroso.

Se dijo a sí mismo que era ridículo notar todo aquello en una nave que acababa de descender envuelta en llamas por la atmósfera del planeta, pero lo cierto era que a él le resultaba tan evidente como la luz del día.

—Desplegaos —ordenó Verticorda—. Velocidad de flanqueo.

Los caballeros que avanzaban a grandes zancadas a su lado se desplegaron en formación de combate a través de la neblina caliente y húmeda. Verticorda no sentía ninguna amenaza procedente de la nave desconocida, pero los decenios de entrenamiento y de disciplina no le permitían acercarse sin tomar precauciones.

Por fin, la neblina se disipó y Verticorda pudo mirar hacia arriba. El enorme risco dorado que eran los costados de la nave se alzaba ante él como una montaña recién depositada sobre la superficie del planeta. Su tamaño era impresionante, mayor todavía que las fortalezas de las legiones de titanes o las montañas de datos del Templo de Todo el Conocimiento.

Ni siquiera el templo forja de mayor tamaño de Mondus Gamma, en el Syria Planum, era comparable a la escala de aquella nave, ya que la habían construido siguiendo una estructura deliberada y no era el resultado de millones de años de interacción geológica. Cada placa y cada plancha de esa nave gigantesca se habían forjado con la delicadeza de un artesano, y Verticorda tuvo que esforzarse para encontrar una razón que hiciera que tantos trabajaran durante tanto tiempo y con tanta devoción para crear una nave diseñada para viajar entre las estrellas.

La respuesta le llegó un momento después.

Aquella no era una nave cualquiera. Era una nave construida con amor, una nave construida para que todo el mundo la amara. Ninguna persona corriente podría inspirar semejante devoción, y Verticorda sintió de repente un miedo abrumador ante la idea de que se encontraba en presencia de algo mucho más grande y aterrador que cualquier otra cosa que se hubiera podido imaginar en la vida.

De la nave surgió un chorro aullante de vapor y en los bordes de una escotilla gigantesca apareció una línea de luz dorada. Varios pistones neumáticos inmensos, cada uno mayor que un titán, bajaron lentamente una rampa lo bastante ancha como para que desfilara un regimiento de skitarii mejorados genéticamente. La rampa siguió bajando sin que la nave mostrara señal alguna de verse afectada por su peso, y la luz interior salió a raudales para inundar el paisaje marciano con un brillo cálido y bienvenido.

Verticorda hizo girar al *Ares Lictor* sobre su eje central y sintió que un estremecimiento le recorría la espina dorsal cuando vio que todo el reborde del cráter del volcán estaba abarrotado de personas expectantes. Incrementó

la resolución de la pantalla sólo con pensarlo y vio a miles de adeptos con túnica, de siervos, de tecnosacerdotes, de lógicos y de operarios que se habían reunido para contemplar lo que estaba ocurriendo allí abajo.

Unas nubes chasqueantes y cargadas de electricidad coloreaban el cielo que se extendía detrás de la muchedumbre. Numerosos servocráneos zumbaban por encima del lugar, pero ninguno se atrevía a meterse en el campo electromagnético centelleante que rodeaba a la nave.

El extremo de la enorme rampa se posó con un crujido en el suelo y Verticorda tuvo que entrecerrar los ojos por la fuerza de la luz que surgía del interior. Una silueta se movió en el interior. Era alta y poderosa, gloriosa y magnífica.

La luz pareció moverse con la figura mientras Verticorda contemplaba cómo bajaba por la rampa, y una sombra se extendió sobre la planicie en la que la nave se había posado. Aunque le repelía la idea de apartar los ojos de aquella figura tan impresionante, Verticorda alzó la mirada y vio una elipse convexa de oscuridad penetrar en el disco llamante del sol.

La luz procedente de las nubes cargadas de tormenta fue desvaneciéndose hasta que la única iluminación en el lugar procedió de la figura, que pisó el suelo marciano por primera vez. Verticorda supo de inmediato que se trataba de un guerrero, ya que no cabía duda alguna de que aquel individuo sublime se había hecho poderoso en combate.

El piloto sintió en los huesos el jadeo colectivo emitido por los miles de curiosos, como si el propio planeta se estremeciera de placer al sentir el contacto del individuo.

Volvió a bajar la mirada y vio al guerrero de pie delante de él, alto y protegido por una armadura dorada. Cada placa blindada había sido tallada con la misma habilidad y dedicación que se veía en su nave. El guerrero no llevaba puesto el casco y no mostraba a la vista implante respirador alguno, pero a pesar de ello no parecía afectado por el aire cargado de residuos químicos propio de Marte.

Verticorda se dio cuenta de que no podía apartar la mirada del rostro del individuo, un rostro hermoso y perfecto que parecía capaz de ver a través del blindaje exterior del *Ares Lictor* y hasta en la propia alma de Verticorda. El piloto vio en sus ojos, que transmitían una sensación de enorme antigüedad, la sabiduría de todas las épocas y la carga de todo el conocimiento que contenían.

A la espalda de aquel guerrero poderoso ondeaba una capa carmesí movida por el viento, y en uno de los grandes guanteletes empuñaba un ce-

tro rematado por la figura de un águila. Los ojos del gigante dorado examinaron con detenimiento de un extremo a otro la forma blindada y azul de la máquina de Verticorda, sobre todo el torso cónico y las placas inclinadas de los hombros, donde se veía grabado el símbolo de la rueda y del rayo, propio de los Caballeros de Taranis.

El guerrero alargó una mano hacia él.

—Tu máquina está dañada, Taymon Verticorda —le dijo con una voz profunda pero a la vez armoniosa, el sonido más perfecto imaginable—. ¿Me permites, por favor?

Verticorda no fue capaz de contestarle. Sabía que cualquier respuesta que le diera sería vulgar comparada con semejante perfección. Ni siquiera se le ocurrió preguntarse cómo era posible que aquel individuo sublime supiera su nombre. El guerrero no esperó a que le contestara. Alargó una mano y Verticorda sintió su contacto sobre la juntura de la rodilla del *Ares Lictor*.

—Máquina, cúrate a ti misma —dijo el guerrero, y la autoconfianza y la determinación de esa voz pasaron al cuerpo de Verticorda, como si le infundiera a cada molécula de su ser híbrido de carne y acero una vitalidad nueva y un renovado sentido del destino.

Notó el calor de la mano del guerrero a través de la cubierta de la máquina y soltó una exclamación ahogada cuando una oleada de vibraciones se extendió por toda la estructura blindada de platiacero y ceramita. Dio un paso atrás de forma involuntaria y notó que los movimientos de la máquina eran fluidos como nunca antes. Con aquel simple paso, tuvo la impresión de que el *Ares Lictor* acababa de salir de la línea de montaje. Hasta la terca rodilla que se había resistido tanto se doblaba como si fuera nueva.

—¿Quién sois? —preguntó en voz baja. Su propia voz le sonó rasposa y lamentable comparada con el timbre poderoso de la voz del guerrero dorado.

—Soy el Emperador.

Fue una respuesta sencilla, pero cada una de sus sílabas albergaba el peso de la historia y el potencial de un futuro glorioso.

A sabiendas de que jamás volvería a oír unas palabras tan cargadas de significado, Verticorda y el *Ares Lictor* se inclinaron sobre una rodilla. La máquina realizó la maniobra con una agilidad que habría sido imposible antes de que la tocara el Emperador.

En ese preciso instante, Taymon Verticorda supo con toda certeza quién era el ser ante el que se encontraba.

—Bienvenido a Marte, mi señor —le dijo—. Alabado sea el Ommissiah.

1.01

Los seis protectores mechanicum, envueltos en unas túnicas deshilachadas y desvaídas de color rojo óxido, se mantuvieron inmóviles delante de ella, tan quietos como las estatuas enormes de los magi que observaban a los miles de escribas que albergaba el gran Salón de Transcripciones de la Librarium Technologica. Las botas de suela de hierro de los protectores se encontraban fijadas al suelo mediante unos arneses, pero ella tuvo que agarrarse a una de las vigas metálicas para evitar partirse la cabeza contra el fuselaje o salir despedida por el compartimento de carga cuando la nave despegó.

El interior de la nave era todo lo funcional que podía ser, sin adornos u otros elementos innecesarios. No se había incluido en el diseño nada que estuviera pensado para distraer la vista, y era un ejemplo perfecto de la organización a la que pertenecía.

Dalia Cythera se pasó una mano por el cabello corto y rubio. Notó la suciedad y la grasa que lo cubrían y deseó que le llegara uno de los turnos semanales en el bloque colector de abluciones de Barlovento. Sin embargo, tenía el presentimiento de que su limpieza era la menor de las preocupaciones para los protectores.

Ninguno de ellos le había hablado aparte de para confirmar su nombre cuando la habían sacado de la celda situada bajo la librarium en la que el magos Ludd la había encerrado una semana antes. El magos había descubierto las mejoras implementadas en el mecanismo interno del cogitador de Cythera y la había sacado enfurecido de la línea de producción mientras le lanzaba furiosas diatribas cargadas de estática en el lenguaje binario que emitía su vocalizador.

Los siete días que había pasado sola en la oscuridad más absoluta casi habían acabado con ella. Recordó haberse acurrucado en posición fetal cuando la puerta de la celda se abrió y vio las máscaras de bronce de los protectores, sus báculos de energía y la luz inmisericorde de sus ojos.

Las protestas de Ludd ante la intrusión de los protectores cesaron en el acto en cuanto le indicaron que comprobara las encriptaciones de seguridad biométricas que llevaban en los báculos. Cythera se sentía atemorizada por los protectores, pero supuso que así debía ser. Los señores del Mechanicum los habían diseñado así, con sus cuerpos aumentados, las extremidades convertidas en armas y los ojos verdes relucientes que brillaban sin parpadear jamás tras las máscaras de bronce con forma de calavera.

Pocos momentos más tarde, la sacaron de la celda y la condujeron casi a rastras a lo largo de las salas de transcripción cavernosas y resonantes donde había pasado los dos años anteriores de su vida. Sentía las piernas débiles y temblorosas.

Miles y miles de escribas vestidos con túnicas, de individuos recién ordenados, de conservadores y de selladores de solicitudes llenaban las salas. Se dio cuenta mientras la llevaban hacia la enorme arcada que conducía al exterior que se sentiría triste por dejar atrás todos aquellos conocimientos.

No echaría de menos a la gente, ya que allí no tenía amigos ni colegas. Ninguno de los adeptos de tez pálida levantó la mirada de la monotonía que suponían sus tareas. El brillo verde marino de sus cogitadores y los globos lúmenes parpadeantes que flotaban en el aire polvoriento arrebataban a sus rasgos enjutos de toda vitalidad posible.

Semejante estado de ánimo le resultaba algo completamente ajeno. No dejaba de sorprenderla siempre que los demás escribas fueran incapaces de ver el honor de la tarea que estaban realizando.

Por aquella estancia pasaban los conocimientos recuperados en Terra y los nuevos descubrimientos enviados desde todos los puntos de la galaxia por los miles de rememoradores que acompañaban a las expediciones de la Gran Cruzada. A pesar de aquel flujo glorioso de información, que se archivaba y guardaba con un cuidado extremo en las grandes bibliotecas de Terra, todos y cada uno de aquellos siervos de rostro anónimo se afanaban en su tarea de forma incesante y ciega hasta llegar a una edad avanzada, sin dejar de repetir los mismos procedimientos burocráticos y administrativos cada hora que pasaban despiertos al día, sin darse cuenta o sin que les importara el tesoro de información a la que tenían acceso.

Sin la capacidad o la voluntad de cuestionar la tarea que les habían en-

comendado, los escribas se limitaban a recorrer con paso cansino cada día los mismos kilómetros de pasillos que separaban las torres de habitáculo de sus lugares de trabajo, donde cumplían sus deberes sin preguntarse nada, sin pensar y sin maravillarse por lo que tenían ante sí.

Dalia se imaginaba que el susurro de los papeles al rozarse sonaba igual que las olas del océano al romper, y que el repiqueteo de las máquinas calculadoras y de las teclas de bronce eran los incontables guijarros de la orilla de la playa. Por supuesto, Dalia jamás había visto nada de aquello que se había imaginado, ya que hacía mucho tiempo ya que los mares de Terra se habían evaporado en unas guerras ya olvidadas, pero las palabras que había leído mientras copiaba las resmas de papel y las pilas de placas de datos que le llevaban diariamente los servidores de brazos musculosos le llenaban la mente de ideas y de mundos posibles que existían más allá de los confines del mayor de todos los scriptoriums.

Al salir de la oscuridad enmohecida de la Librarium Technologica había quedado cegada por el resplandor diurno. El cielo era de un tono blanco brillante y el sol era un orbe borroso pero radiante, visible a través de jirones de nubes con el color de la corrosión.

El aire era frío y escaso a aquella altitud. Distinguió a duras penas la cima de las montañas de color pizarra que coronaban el planeta por encima de la multitud de tejados y de torres que abarrotaban aquella zona del palacio Imperial. Le hubiera gustado poder contemplar las montañas en toda su gloria, pero sus escoltas la hicieron recorrer sin detenerse las calles oscuras que rezumaban vapor, combustible y voces en dirección a un destino que desconocía.

Ese destino resultó ser una plataforma de aterrizaje sobre la que se encontraba posada una nave estelar envuelta por una nube de vapor. El casco todavía estaba tibio y soltaba chasquidos al enfriarse tras toda la tensión y calor sufridos en la entrada a la atmósfera.

La condujeron al interior cavernoso del compartimento de carga y la dejaron en el suelo mientras los protectores se colocaban en sus posiciones ya asignadas y los cierres magnéticos los aseguraban al suelo del compartimento. La nave despegó con un rugido y una sacudida repentina y Dalia cayó de rodillas por culpa del brusco ascenso. El miedo se apoderó de ella y se agarró con fuerza a una viga que sobresalía cuando el ángulo de subida se hizo más pronunciado.

Se le ocurrió de repente que se marchaba del planeta donde había nacido, y experimentó un pánico terrible ante la idea de aventurarse más allá de sus horizontes conocidos. Sin embargo, se fustigó a sí misma por aquel

ataque de cobardía y la sensación de pánico desapareció para ser sustituida por un tremendo calambre en el estómago cuando se dio cuenta del hambre que tenía.

El rugido de la nave estelar y la vibración en el interior aumentaron sin cesar hasta el punto de que llegó a estar segura de que la nave se iba a desintegrar. Al cabo de un tiempo, el tono del sonido cambió y la nave enderezó el rumbo mientras atravesaba el vacío a una velocidad inimaginable.

Estaba viajando en una nave espacial.

Al disponer verdaderamente de unos momentos libres para pensar, empezó a preguntarse hacia dónde se dirigiría y, sobre todo, qué motivo existiría para que los protectores del Mechanicum la hubieran sacado de la celda del librarium. Lo curioso era que no sentía miedo de aquel viaje tan extraño, aunque atribuía esa carencia al misterio y al interés que le provocaba, que eran capaces de hacerle olvidar todo el cansancio que sentía.

Sus escoltas, ya que no pensaba que fueran sus guardianes, hicieron caso omiso de todos sus intentos de hablar con ellos a lo largo del viaje, y sólo se dirigieron a ella para ordenarle que bebiera o comiera, lo que ella hizo con verdaderas ganas a pesar del sabor químico de la comida que le sirvieron.

Ninguno de ellos se movió a lo largo de todo el viaje de la posición en la que se había colocado. Se quedaron de pie, unos guardianes mudos, sin ofrecerle entretenimiento alguno, salvo al permitirle que los estudiara con detalle.

Todos ellos eran altos y corpulentos, con el cuerpo incrementado mediante modificaciones genéticas. A todos les habían implantado armas. Llevaban las túnicas cubiertas de cables y alambres de colores que penetraban en la carne a través de agujeros abiertos en la piel. Ya había visto a otros protectores con anterioridad, pero nunca había estado tan cerca de uno.

Despedían un olor desagradable, a carne podrida, a aceite de maquinaria y a sudor rancio.

Estaban armados con unas pistolas gigantescas de cañones centelleantes y unos báculos de hierro rematados por una rueda de engranaje de bronce y plata de la que colgaba un trozo de pergamino que ondeaba bajo las corrientes de aire del frío compartimento.

Cada uno de los pergaminos llevaba escrita una serie de números, dispuestos en una rejilla de cuatro por cuatro. Dalía no tardó en darse cuenta de que la suma de los números de cada línea daba siempre el mismo resultado, sin importar el modo en que se hiciera, ya fuera de forma hori-

zontal, vertical o en diagonal. Y no sólo era eso: la suma de los elementos de cada uno de los cuadrantes, de los cuatro cuadrados del centro, de los cuadrados de las esquinas y de muchas otras combinaciones daba el mismo resultado.

—Treinta y cuatro —musitó—. Siempre es treinta y cuatro.

El diseño le resultaba familiar a Dalia, y sabía que lo había visto con anterioridad. En cuanto se dio cuenta de dónde había sido, tuvo la respuesta.

—La Melancholia —dijo Dalia, señalando con un gesto del mentón al pergamino.

—¿Qué has dicho? —le preguntó el protector.

Su voz era humana, pero estaba teñida por un tono rasposo bajo la máscara de bronce. Dalia se quedó sorprendida por unos instantes al ver que había respondido a algo que ella había dicho.

—El símbolo del pergamino —le contestó—. Procede de un grabado. Lo vi en un libro que transcribí hace dos años.

—¿Hace dos años? ¿Y todavía lo recuerdas?

—Sí —contestó Dalia algo dubitativa—. Recuerdo más o menos cosas que he leído, y no las olvido.

—Es el símbolo de nuestra señora —le indicó el protector.

—Lo vi en un grabado de una de las impresiones maestras más antiguas —le aclaró Dalia. Su mirada se volvió un poco vidriosa mientras hablaba, como si estuviera haciéndolo con ella misma más que con el protector—. Era muy antigua, aunque lo cierto es que todo lo que transcribimos en la gran sala y que no procede de las flotas expedicionarias es muy viejo. Era la imagen de una mujer. Parecía frustrada, como si estuviera enojada por no ser capaz de inventar algo ingenioso. Disponía de toda clase de maquinaria a su alrededor, desde contrapesos a un reloj de arena pasando por un martillo, pero parecía triste, como si no lograra que la idea tomara forma.

Los protectores se miraron los unos a los otros mientras Dalia hablaba, y todos empuñaron con fuerza los báculos. Dalia captó sus miradas y dejó de hablar poco a poco.

—¿Qué? —acabó preguntando.

Los protectores desconectaron las agarraderas magnéticas que los mantenían fijados al suelo del compartimento y se acercaron a ella. Lo repentino del movimiento la pilló por sorpresa y trastabilló hacia atrás hasta caer sentada. Los protectores se agruparon a su alrededor y el brillo verde de sus ojos relució con fuerza en el interior de sus capuchas.

—Empiezo a entender por qué nos enviaron a buscarte —dijo el protector.

—¿Ah, sí? ¿Os enviaron a buscarme? ¿A mí, a Dalia Cythera?

—Sí, Dalia Cythera. A Rho-Mu 31 lo enviaron para sacarte de Terra.

—¿Rho-Mu 31?

—Es nuestra denominación —le aclaró el protector.

—¿Cómo, de todos vosotros?

—De todos y cada uno de nosotros. Es la misma para todos.

—Vale, pero ¿por qué os enviaron a buscarme? —insistió Dalia.

—Nos enviaron a buscarte antes de que te ejecutaran.

—¿Ejecutarme? ¿Por qué? —exclamó ella.

—El magos Ludd invocó la Ley de la Complejidad Divina —le explicó Rho-Mu 31—. Los individuos que reciben tal acusación llaman la atención de nuestra señora.

Dalia se quedó pensando unos momentos. Sus ojos se movieron con rapidez bajo los párpados mientras recordaba a qué se refería esa ley.

—Dejadme pensar... Trata sobre la creencia de que la estructura y el funcionamiento de cada máquina ha sido establecido por el Ommissiah, y que por tanto es algo divino... y que alterarlo es... Oh.

—¿Ves ahora por qué vinimos a buscarte?

—La verdad es que no —admitió Dalia—. Además, ¿quién es vuestra señora, y qué quiere de mí? No soy más que una transcriptora de rememoraciones. No soy nadie importante.

Rho-Mu 31 hizo un gesto negativo con la cabeza. Luego cerró el puño y lo colocó sobre el engranaje de bronce y plata del extremo del báculo.

—Eres más de lo que crees, Dalia Cythera, pero eso, y mucho más, sólo te resultará evidente cuando conozcas a nuestra señora, la gran adepta Koriel Zeth. Señora de Ciudad Magma.

—¿Ciudad Magma? ¿Dónde está eso? —inquirió Dalia.

—En uno de los límites del Daedalia Planum, en la ladera sur del Mons Arsia —le informó Rho-Mu 31 al mismo tiempo que alzaba el báculo para tocar con la punta un panel opaco situado sobre el casco vibrante de la nave.

La superficie comenzó a iluminarse con una tenue luz parpadeante y cambió poco a poco. Se hizo cada vez más y más translúcida, hasta que fue prácticamente transparente.

A Dalia se le escapó una exclamación de asombro cuando la transformación quedó completa y vio con claridad lo que había al otro lado. El rostro se le iluminó con el brillo rojizo ardiente del planeta que se ex-

tendía bajo ellos. Su superficie estaba cubierta de fuego y de metal, y la atmósfera asfixiada por las nubes de contaminación. El planeta estaba abarrotado de construcciones industriales de tamaño gigantesco más grandes incluso que algunos continentes de la Vieja Tierra. El mundo entero parecía palpar con los golpes rítmicos de unos martillos monstruosos.

En las regiones montañosas del sur se alzaban columnas de fuego y pilares de hierro ciclópeos. Por el suelo se extendían entramados de acero reluciente que se asemejaban a grietas por las que salieran al cielo fragmentos de luz.

—¿Eso es...?

—Marte —le confirmó Rho-Mu 31—. El reino del Mechanicum.

Los proyectiles supersónicos atravesaron el grupo de servidores que se estaban alimentando de restos de los tecnoayudantes. Acabaron al instante con uno de ellos y a otro le arrancaron de cuajo las extremidades. Otros tres retrocedieron tambaleantes cuando los disparos arrancaron trozos de carne de sus cuerpos enflaquecidos. Sin embargo, siguieron sin caer al suelo. Sus cerebros dañados fueron incapaces de comprender la gravedad de las heridas que las armas del caballero de Cronus les habían infligido.

—Todos tuyos, Maven —dijo Cronus después de dejar de disparar.

—Me alegro de que hayas dejado algo para los demás —le contestó Maven.

Maven se colocó con el *Equitos Bellum* detrás de los servidores ensangrentados y la cuchilla de energía del puño derecho de la máquina de guerra trazó un arco descendente para atravesar a todos los supervivientes de un solo tajo. El viejo Stator acabó con los que quedaban con una ráfaga corta y precisa de disparos láser. Los cuerpos destrozados estallaron formando nubes de sangre vaporizada y metal abrasado.

Los tres caballeros, cada uno con una altura cinco veces superior a la de aquellas criaturas salvajes, se alzaban imponentes por encima del campo de batalla, aunque Maven sabía que llamarlo así era sobrestimar de un modo desproporcionado el enfrentamiento que se había producido.

Los caballeros estaban protegidos por unas placas gruesas de ceramita y plásticero además de por varias capas de campos de energía con la potencia suficiente como para sobrevivir a los disparos de otras máquinas de guerra más poderosas. Los caballeros iban equipados con armas que eran capaces de matar a decenas de enemigos al mismo tiempo. Las placas de blindaje eran de un color azul marino oscuro, y en la hombrera de cada uno de

ellos llevaban pintado el símbolo de una rueda que rodeaba a un relámpago.

Ese mismo símbolo se repetía en los estandartes largos y de color crema que ondeaban entre las piernas mecanizadas de las tres máquinas de guerra. Era el blasón heráldico de los Caballeros de Taranis.

Maven pilotaba el *Equitos Bellum*, una máquina honorable con una multitud de condecoraciones por combate que se había ganado en los primeros tiempos de la Gran Cruzada. Se había enfrentado a los enemigos del Imperio bajo una decena de cielos diferentes, e incluso había combatido al lado de los Salamandras del primarca Vulkan. El símbolo de un dragón de fuego grabado en la cabina en forma de calavera del caballero recordaba esa campaña, y Maven nunca se cansaba de contar relatos sobre aquella gloriosa campaña de combate.

Su diligente hermano de armas, Cronus, montaba en el *Pax Mortis*, y el viejo Stator pilotaba la majestuosidad augusta del *Fortis Metallum*. Las tres máquinas de guerra se habían ganado su parte de la gloria alcanzada en los campos de batalla del Imperio al marchar incluso por delante de los titanes, los dioses entre las máquinas.

Los Caballeros de Taranis eran célebres entre los guerreros de Marte por sus hazañas de combate y reverenciados por su lugar en la historia del Planeta, además de alabados por la sabiduría de sus comandantes.

Se sabía que incluso los poderosos prínceps de las legiones de titanes acudían a los señores de la orden en busca de consejo, ya que tanto lord Verticorda como lord Caturix compartían el mando y combinaban el valor de un guerrero con la calma de un diplomático.

—En nombre del Omnissiah, ¿por qué estamos en el culo del planeta masacrando a unos servidores descontrolados? —se preguntó a sí mismo Maven en voz alta antes de recordar que la conexión del Colector seguía abierta entre los caballeros.

—Estamos aquí porque nos lo han ordenado, Maven —le replicó Stator—. ¿Te parece mal?

—En absoluto, preceptor —respondió Maven con voz contrita—. Sólo quería decir que me parece un desperdicio de fuerza. ¿Es que los protectores del magos Maximal no pueden realizar sus propias tareas de limpieza?

—No tan bien como lo hacemos nosotros —apuntó Cronus, aunque su respuesta sonó como si la acabara de sacar de un manual de entrenamiento. Maven frunció los labios en un gesto de desdén ante la respuesta adulatoria de su hermano.

—Exacto, Cronus —confirmó Stator—. Nos han ordenado que pro-

tejamos este complejo de reactores y ese deber conlleva un honor, sin importar lo poco gloriosa que nos parezca la misión.

Maven vio la oportunidad de seguir discutiendo.

—Pero es que los Caballeros de Taranis marcharon antaño con la Gran Cruzada. Luchamos junto a héroes del Imperio, y ahora lo único que hacemos es acabar con servidores estropeados y enloquecidos que aparecen en los pallidus. No hay gloria alguna en esa misión.

—Hoy día, las amenazas que sufren las campañas del señor de la guerra requieren fuerzas más poderosas que nosotros —le explicó Stator, pero Maven notó la amargura que ocultaban sus palabras—. La Gran Cruzada ya casi ha terminado.

—¿Y qué nos quedará a nosotros? —quiso saber Maven, envalentado por las palabras de Stator—. Debe de haber alguna expedición que nos necesite.

—Las expediciones no piden caballeros. Solicitan la ayuda de los titanes. Nuestra misión es proteger Marte y mantener las tradiciones de nuestra orden, y una de esas tradiciones es cumplir las órdenes. ¿Lo has entendido, Maven?

—Sí, preceptor.

—Y ahora, acabemos con el barrido de la zona y asegurémonos de que no quedan más. Maximal necesita que estas instalaciones trabajen con seguridad, y lord Caturix le juró que así sería.

Maven suspiró y se dirigió con su caballero hacia donde los cables de energía, que no dejaban de zumbar, sobresalían del suelo duro y anaranjado. Los cadáveres de los tecnoayudantes y de los forjadores que habían enviado para arreglar los daños yacían sobre charcos de su propia sangre, que ya estaban solidificándose debido al calor que surgía del reactor de fusión que se encontraba un poco más atrás, en el cañón.

—Comprueba si queda alguno más ahí, Cronus —le ordenó Stator—. Normalmente suelen cazar en grupos de mayor tamaño que éste.

—A la orden, preceptor —le contestó Cronus para después pasar con su caballero por encima de los cadáveres de los servidores muertos y atravesar el hueco abierto en la valla de alambre de espino que rodeaba al reactor.

El piloto hizo subir la máquina por la ladera pedregosa para comprobar el terreno situado detrás de un grupo de peñascos. Maniobrar con un vehículo tan grande como un caballero en un terreno tan desigual era algo extremadamente difícil, y Maven tuvo que reconocer que su hermano era un piloto de una habilidad admirable.

La parte superior del cuerpo del *Fortis Metallum* giró sobre la articulación central de la cintura para encararse hacia Maven, y aunque no se podía ver el rostro del preceptor a través del visor rojo de la cabina, notó su mirada ceñuda al otro lado de las rendijas que brillaban con suavidad.

—Permanece atento a nuestra retaguardia por si alguno ha logrado escabullirse entre nosotros —le ordenó Stator con un tono de voz que volvía a ser tan inflexible y severo como la postura de su máquina—. Te haré responsable de ello si lo han hecho.

—Sí, preceptor. Me pongo a ello.

Era un axioma marciano que si un guerrero y una máquina pasaban conectados el tiempo suficiente, comenzaban a adquirir rasgos de personalidad el uno del otro. *Fortis Metallum* era una máquina antigua, irascible, agresiva y carente por completo de compasión alguna.

Era la máquina perfecta para Stator.

Maven había conocido a incontables pilotos de titanes y era fácil saber a los pocos segundos de hablar con ellos qué clase de máquinas tenían bajo su mando.

Los pilotos de los Warhounds eran individuos agresivos, atrevidos como lobos, mientras que los pilotos de los titanes de batalla eran guerreros arrogantes y egocéntricos que a menudo parecían despreciar a los que los rodeaban.

Maven sabía que un comportamiento semejante era comprensible, ya que era natural que marchar a la guerra tan por encima del campo de batalla y disponer de un poder destructivo tan inmenso aumentara el ego de cualquier persona, pero también era una defensa necesaria para impedir que la personalidad de la máquina se impusiera a la de su comandante.

Maven hizo caminar de espaldas a su caballero en una demostración de habilidad y contempló cómo Stator se volvía para seguir a Cronus a través de los restos destrozados de la valla de seguridad.

Un caballero era de un tamaño mucho menor al de un titán, pero la mecánica de su estructura y sus sistemas operativos no eran menos increíbles. El titán disponía de una tripulación que se ocupaba de todos sus sistemas: un servidor para encargarse de cada montaje de armas, un piloto para conducirlo, un tecnosacerdote para ocuparse de su corazón belicoso, un moderati para ocuparse de la tripulación y un princeps para estar al mando de todo.

Un caballero era la combinación perfecta de carne y metal, una máquina de guerra bajo el mando de un único piloto, un guerrero que po-

seía la confianza necesaria como para manejar su poder, pero también la humildad de saber que, a pesar de ese poder, no era invencible.

Maven retrocedió hacia el complejo del reactor y abrió el campo de exploración del auspex para captar la presencia de cualquier servidor salvaje que se hubiera separado del grupo principal, aunque sospechaba que no encontraría ninguno, y aunque lo hiciera, ¿qué amenaza representaban unos pocos servidores?

Los servidores que habían quedado averiados o inutilizados de forma irreparable, o aquellos cuya cirugía craneal no había funcionado, eran arrojados a menudo a los pallidus, que era el nombre que se le daba a las zonas tóxicas y desiertas que se extendían entre las forjas marcianas. La inmensa mayoría morían, pero algunos conseguían sobrevivir, aunque llamar vida a su existencia era exagerar mucho.

La mayor parte de ellos se limitaba a intentar seguir cumpliendo la tarea para la que fueron programados y recorrían sin cesar el terreno desolado mientras sus cerebros quemados seguían sin comprender que ya no estaban en servicio activo.

En algunos casos, el daño cerebral que sufrían les permitía un leve y frágil grado de autonomía, y esas criaturas desgraciadas sobrevivían devorando a los muertos. Muchas se reunían en grupos sin objetivo ni líder e infestaban las instalaciones del Mechanicum atraídas por el calor y la energía, donde atacaban a los operarios y robaban energía para continuar con su existencia penosa.

A aquellas criaturas había que exterminarlas, lo que hizo que Maven volviera a pensar en ello.

Alzó la cabeza y el caparazón craneal del caballero imitó fielmente el gesto. Los riscos que rodeaban el reactor estaban vacíos y desolados. Las cimas volcánicas rojizas estaban tapadas en parte por las nubes de polvo arrastradas por los vientos altos que se canalizaban a lo largo de las fosas septentrionales.

El núcleo de la instalación del reactor se encontraba a unos seiscientos metros del perímetro de la valla de alambre que lo rodeaba. Se trataba de una serie de entramados complejos de tubos, de cables y de torres de antena que no cesaban de emitir chasquidos. En mitad de aquel entramado se alzaba una estructura gigantesca en forma de cúpula, con la superficie cubierta de conexiones y de tubos de ventilación. El aire se ondulaba alrededor del edificio, y del mismo surgían ondas intensas de calor y de electromagnetismo que avanzaban en oleadas.

La fisura que recorría la Fossae Gigas estaba salpicada por numerosos

reactores de fusión, pero la instalación que se encontraba en las laderas pedregosas que rodeaban el cráter de impacto Patera Ulysses era la de mayor tamaño, y la había construido el mago Ipluvien Maximal.

El adepto Maximal era uno de los magos de rango superior de Marte, y sus reactores de fusión proporcionaban energía a muchas forjas vasallas que se encontraban a lo largo y ancho de las tierras altas de Tharsis. Ese tipo de acuerdos eran muy comunes en el planeta rojo. Los antiguos tratados unían a los clanes y a las forjas en una serie de pactos de protección y apoyo recíprocos que permitían a aquellos grupos con unas necesidades enfrentadas coexistir de un modo pacífico. Además de forjas aliadas, Maximal había intercambiado juramentos de fidelidad y de apoyo con cierto número de órdenes guerreras, incluidas muchas de las legiones titanes más respetadas.

—Así que, ¿por qué no son ellos los que están aquí? —murmuró para sí mismo—. Porque están demasiado ocupados discutiendo entre sí, por eso.

Maven se sacó de la cabeza las tensiones en aumento que sacudían a Marte y siguió adelante dirigiendo de un lado a otro el auspex mediante el giro rítmico del torso. Pulverizaba sin cesar los peñascos que pisaba debido al tremendo peso de la máquina. Tenía que explorar cada ruta de acercamiento al complejo del reactor, y aunque Stator no cumpliría su amenaza del todo, sí que se lo haría pasar mal si no detectaba a alguno de aquellos servidores y le permitía alcanzar el complejo.

Notó cómo las rocas se partían bajo los pies del *Equitos Bellum*. Tenía la impresión de que su cuerpo y sus sentidos aumentaban hasta tener el tamaño del caballero. Las escuadras de protectores del *Mechanicum*, desplegadas en el perímetro del complejo del reactor, lo vieron e hicieron una reverencia simultánea para mostrar su respeto al caballero, que siguió avanzando con un paso pesado que hacía estremecer el suelo.

Los operarios y los servidores se afanaban en mantener en funcionamiento el reactor. Se movían con lentitud y cierta torpeza debido a los trajes reforzados de protección medioambiental. Un transformador gigantesco chasqueaba cada vez que emitía descargas de energía. Numerosos cables de varios metros de grosor y una red de torres de conducción lo unían al reactor. El transformador no dejaba de soltar rayos de color azul que recorrían los tubos a lo largo de su parte visible antes de que se hundieran en el regolito y la roca en dirección a sus puntos de destino, situados por todo el cuadrante de Tharsis.

Maven parpadeó cuando sintió un temblor en la lectura del auspex, una imagen fugaz de algo que se movía al otro lado del reactor. Concentró toda

la atención en esa parte de la pantalla interior de la cabina y aumentó la resolución en un intento de ver con claridad lo que estaba captando.

—¡Sangre de la Máquina! —musitó cuando el auspex detectó algo grande, algo que emitía una señal de energía electromagnética semejante a una araña y que era mucho más potente que la de un servidor. Por un breve instante le pareció que iba acompañada de muchas otras señales.

Unos instantes después, la señal parpadeó y desapareció como si jamás hubiera existido.

Le llegaron nuevas señales fantasmales, y Maven no tuvo claro por un momento si había captado algo o no.

El auspex de un caballero está conectado directamente a los sentidos de su piloto mediante una conexión en la espina dorsal, por lo que interpretar el flujo de señales que se captan es de por sí un arte, una mezcla de intuición y de hechos palpables. Además, en aquella zona era muy difícil estar seguro de nada, ya que los destellos de energía y los escapes de radioactividad del reactor entorpecían enormemente la comprobación de las lecturas del auspex.

Un momento después, la señal en forma de araña apareció de nuevo, y ya no lo dudó más.

Allí fuera había algo, y no se comunicaba por ninguno de los canales propios.

—Preceptor, creo que he captado algo.

—Define «algo», Maven —respondió la voz del preceptor Stator.

—No estoy seguro, pero la señal procede del otro lado del complejo del reactor.

—¿Son más servidores? —preguntó Cronus.

Maven se mordisqueó el labio inferior y deseó con todas sus fuerzas que el auspex captara de nuevo la señal para poder informar de algo más concreto, pero la parte del Colector dedicada a los sensores se mantuvo constante y sólo transmitió la radiación de trasfondo de la zona.

A pesar de ello, estaba seguro de que fuera lo que fuese lo que acechaba allí fuera era algo más que unos simples servidores salvajes.

—No. Es algo más grande.

La nave estelar se inclinó sobre un lado cuando el piloto ajustó el ángulo de descenso que le permitiría entrar en la atmósfera de un modo seguro. El panorama que se veía a través del panel que Rho-Mu 31 había transformado en una superficie transparente se alejó y Dalia dio unos cuantos golpecitos con los nudillos sobre ella.

—Supongo que no es cristal —comentó—. ¿Qué es?

—Acero fotomaleable —le contestó Rho-Mu 31—. Una descarga de energía de mi báculo altera la estructura de los enlaces moleculares del interior del metal y permite el paso de ciertas ondas del espectro de luz.

—Jamás oí hablar de nada parecido —musitó Dalia, asombrada por las posibilidades que abría la existencia de semejante material.

—Pocos fuera de Ciudad Magma lo conocen. Es una creación de la adepta Zeth.

Dalia asintió y volvió a concentrarse en lo que se veía al otro lado del panel de metal transparente. En cuanto lo hizo, contempló asombrada una serie de estructuras gigantescas. Eran demasiado grandes como para que fueran la creación de unas simples manos humanas.

Unas construcciones orbitales colosales llenaban el cielo que rodeaba a Marte. Se trataba de una sucesión casi continua de astilleros gigantes y de instalaciones de construcción. Dalia pegó la cara al panel, que estaba muy frío, y dobló el cuello todo lo que pudo para intentar contemplar hasta dónde se extendía aquella aglomeración increíble. Por mucho que se esforzó, no logró ver el otro extremo de la fila de astilleros relucientes. Uno de los extremos del arco se perdía más allá de la vista por encima de la nave en la que viajaba, y el otro desaparecía tras la curva del propio planeta rojo.

—El Anillo de Hierro —le informó Rho-Mu 31—. Las flotas exploradoras originales se construyeron en estos astilleros, y también buena parte de las flotas expedicionarias.

—Es gigantesco —comentó Dalia, y se fustigó a sí misma por expresar algo tan obvio.

—Son los astilleros espaciales de mayor tamaño de toda la galaxia, aunque son las instalaciones de Júpiter las que botarán la nave más grande que jamás se haya construido, la *Abismo Furioso*.

Dalia captó un tono de orgullo herido en la voz de Rho-Mu 31, y sonrió ante la idea de que un servidor del Mechanicum fuera capaz de mostrar envidia. Volvió a centrar la mirada en lo que se veía al otro lado del casco de la nave y se fijó en los destellos procedentes del Anillo de Hierro, donde las huestes de operarios procedían a la construcción de nuevas naves.

—¿Qué es eso? —preguntó al mismo tiempo que señalaba lo que parecía ser una nebulosa de polvo y de partículas reflectantes que flotaba justo sobre el horizonte.

—Eso son los restos de una instalación de construcción activa —le in-

formó Rho-Mu 31—. Las últimas naves que se han construido acaban de partir.

—¿Hacia dónde se dirigen? —quiso saber Dalia, ansiosa por enterarse de a qué lugar remoto se dirigirían las naves.

—En un principio estaban destinadas a la Flota Solar, pero el señor de la guerra dio nuevas órdenes y ahora se dirigen a formar parte de la campaña en Istvaan —le explicó Rho-Mu 31.

Dalia también captó la desaprobación en la voz de Rho-Mu 31, como si uno de los mayores pecados posibles fuera un cambio en las órdenes y la alteración de todo el procedimiento establecido con anterioridad.

—Mira, allí se encuentra la flota a la que tendría que haberse unido —le indicó Rho-Mu 31 mientras señalaba hacia unos anclajes situados por encima de ellos.

Dalia se quedó con la boca abierta al ver las poderosas naves de combate de la Flota Solar.

La tremenda distancia hacía que la flota pareciera pequeña, pero el hecho de que fuera capaz de reconocer a las naves y de identificarlas de forma individual le indicó a Dalia que tenían un tamaño gigantesco. Desde donde ella estaba parecían largas puntas de flecha con proas angulosas como arados y grandes cascos con la forma de palacios góticos que hubieran sido arrojados al vacío, donde habían tomado forma de naves espaciales.

No tardó en perderlas de vista cuando las llamas comenzaron a envolver la nave en la que viajaba. El calor de atravesar la atmósfera de Marte recorrió ondulante el casco blindado de la nave. Dalia sintió una mano tranquilizadora sobre el hombro, una mano pesada y metálica que la aferró con firmeza mientras la nave continuaba con su descenso.

Las llamas y la distorsión provocada por el calor no tardaron en impedirle ver nada más, pero a los pocos minutos todo eso desapareció y Dalia contempló la superficie de Marte en toda su gloria.

Vio ciudades de acero inmensas, más grandes y esplendorosas que cualquiera de las colmenas de Terra. Surgían de la superficie como monstruos de tamaño inimaginable que no cesaban de vomitar fuego y humo al aire. Lo seguían llamando el planeta rojo, pero no quedaba apenas nada de su superficie que mantuviera esa tonalidad. Las montañas habían quedado cubiertas de metal y de luz, y las ciudades y los distritos se extendían por las cimas y las planicies del mundo bautizado con el nombre de un dios de la guerra olvidado mucho tiempo atrás.

Unos chorros de luz centelleante serpenteaban por las escasas zonas lle-

nas de cráteres y sin construcciones que se extendían entre las conurbaciones increíblemente amplias. Eran las rutas de tráfico y las líneas levmag. Unas pirámides inmensas de cristal y de acero se alzaban como tumbas de dioses olvidados.

—He leído cosas sobre Marte, pero jamás creí que llegaría a verlo —musitó Dalia—. Contemplar tantas cosas maravillosas en tan poco tiempo es algo que sobrecoge.

—Los sacerdotes de Marte no aceptan de buen grado las visitas. Creen que el suelo de Marte es sagrado.

—¿La idea de que algo es sagrado no estaba..., bueno, no estaba prohibida?

—En cierto modo, sí —admitió Rho-Mu 31—. El Emperador ha impuesto la idea de que la creencia en dioses es una equivocación y una falsedad, pero una de las condiciones del Tratado de Olympus es que juró aceptar no interferir en nuestras sociedades y costumbres cuando Marte y Terra se unieran.

—Así pues, ¿el Mechanicum cree en un dios?

—Es una pregunta con una respuesta nada fácil, Dalia Cythera. No creo en la fe, pero no me preguntes más, porque vamos a aterrizar y tendrás que agarrarte a algo con fuerza.

Dalia asintió al mismo tiempo que la nave viraba con brusquedad. Observó cómo el planeta giraba enloquecido cuando el piloto rodeó una pirámide reluciente bañada en luz y rematada en el extremo por el relieve de un ojo.

—El Templo de Todo el Conocimiento —le dijo Rho-Mu 31, anticipándose a su pregunta.

Dalia sintió que el estómago se le subía a la garganta cuando la nave descendió de repente y una cortina espesa de humo amarillo tapó la visión del exterior.

Atravesaron el humo durante bastantes horas hasta que desapareció de la misma forma repentina que había surgido. Dalia lanzó un grito de terror cuando vio que se dirigían en línea recta hacia la ladera de color negro vítreo de una montaña inmensa.